

Evolución de las Vocaciones en España

Santos Elespe, S. J.

El autor se limita a presentar aquí el hecho de que en estos últimos años las vocaciones van disminuyendo en España, sin entrar apenas a investigar sus causas.

Con todo, hay que observar que este fenómeno, casi general en todo el mundo, no es en España ninguna novedad, ya que —como el mismo P. Elespe dice— esta línea evolutiva descendente se viene manifestando, con breves períodos de recuperación, en el curso de los dos últimos siglos.

Los problemas surgidos recientemente en diversos Seminarios españoles hechos ya de dominio público, han planteado con insistencia dentro y fuera de nuestra nación el tema de las vocaciones en España con un cierto tono de alarma.

El estudio de los datos cuantitativos puede ayudar a la comprensión y planteamiento correcto de un tema que presenta aspectos muy diversos y especializados, inabarcables por entero en un trabajo breve como el que aquí se presenta. En realidad, aunque el problema es preocupante, no tiene el carácter de sorpresa que a veces se le atribuye, pues en contra de lo que pueda parecer a primera vista, el problema de las vocaciones en España no es de ahora.

La evolución cuantitativa del clero español en los últimos ocho años se inscribe perfectamente en la línea evolutiva descendente de los dos últimos siglos. En efecto, de 65,000 sacerdotes diocesanos en 1767, se baja a 25,000 en 1967¹.

En este sentido, la verdadera excepción fue el resurgimiento vocacional que siguió a la guerra civil y que significaba una ruptura en la línea que se venía desarrollando ininterrumpidamente desde hacía doscientos años. Precisamente lo que es significativo y alarmante es el que este descenso tiene una regularidad continuada a lo largo de los dos siglos, con sólo dos excepciones colocadas precisamente a la distancia de un siglo: el período desamortizatorio (1833-1855) y la guerra civil (1936-1939).

En ambos casos, el resurgimiento se da tras una gran crisis político-religiosa y como reacción a un descenso fortísimo en el número de sacerdotes producido en un espacio de tiempo muy corto: unos 14.000 entre los años 1833 y 1855; y casi 7,000 durante los tres años de la guerra civil².

(1) Véase R. Ducastella, "Géographie de la pratique religieuse en Espagne": *Social Compass*, XII, 4-5, 1965, pág. 262.

(2) La mayor parte asesinados por los comunistas y anarquistas del bando rojo. Véase el libro de Montero "La Persecución Religiosa en España, Madrid, B.A.C.

En esas dos ocasiones se manifiesta inmediatamente la vitalidad del cuerpo eclesiástico con un florecimiento de vocaciones sacerdotales que permite alcanzar, si no las cuotas anteriores a estas dos catástrofes, sí al menos las que la línea regresiva hubiera alcanzado en 1855 y en 1960 siguiendo su curso descendente. Pero ese relleno rápido de los huecos producidos en las filas sacerdotales no se hace sin consecuencias serias. En el primer caso surgen los llamados "curas de misa y olla", de donde arrancan históricamente no pocas decadencias, sobre todo en el aspecto intelectual eclesiástico³.

En el segundo caso, el actual, aparece en la escena española una pléyade de sacerdotes jóvenes caracterizados bastante definidamente en sus actitudes, sobre los que empieza a surgir ya una literatura relativamente abundante y cuya presencia ha de tener indudablemente una serie de repercusiones que hoy por hoy es muy prematuro valorar.

El movimiento histórico de las vocaciones.

Las cifras de partida y llegada del movimiento vocacional (1767 y 1967) citadas antes, son suficientemente significativas por sí mismas, pero lo son más aún si se comparan con la población existente en España en esas mismas fechas, diez y treinta y un millones de habitantes respectivamente. El resultado es que de 153 habitantes por sacerdotes en 1767, se pasa a 1,200 en 1967, lo cual, sin embargo, no implica que la situación de atención espiritual y sobre todo de testimonio se haya deteriorado en la misma proporción. Por una parte, la diseminación de la población española por el territorio nacional era hace doscientos años mucho mayor que en la actualidad, lo que unido a los deficientes medios de comunicación de la época, exigía más que ahora la dedicación de gran número de sacerdotes para atender a los pequeños pueblos dispersados por la difícil geografía española.

(3) Muchos seminarios permanecen cerrados y otros llevan una vida lánguida, faltos de toda clase de recursos. N. de la R.

Es evidente que en las grandes concentraciones urbanas actuales no es precisa una tasa tan alta de sacerdotes. Por otra parte, es dudoso que una tal abundancia de clero, concentrando en sus manos no poco del poder económico y político-social de la nación, pueda considerarse como un hecho positivo desde el punto de vista religioso y, de hecho, fue uno de los factores que desencadenaron las convulsiones religiosas españolas.

Este movimiento descendente que culmina en la catástrofe de la guerra civil, cambia de signo a partir de 1939, iniciando una rápida recuperación que se prolonga hasta 1960. En efecto, de menos de 10,000 seminaristas diocesanos en 1934, se va progresando constantemente hasta alcanzar la cifra tope de 25.245 en el curso 1959-1960, a partir de cuya fecha se inicia un leve descenso que cobra fuerza en el último bienio y que insinúa la perspectiva de una continuación de la curva descendente de los dos últimos siglos.

De una manera paralela, los seminaristas religiosos llegan en el movimiento de recuperación vocacional a la cifra máxima de 31.635 en 1961, para iniciar un descenso progresivo en los años siguientes.

A primera vista el problema tiene aún un carácter dramático, pues estas cifras globales más bien inducirían a pensar que tras una época de recuperación muy ligada a circunstancias históricas especiales, se ha alcanzado la estabilidad a unos niveles más bien altos. Sin embargo, un examen más atento de las cifras parciales, descubre síntomas preocupantes de una deteriorización progresiva en los años próximos.

Tomando como base el período 1958-1964, se observa en el número total una situación estable: 24,406 seminaristas en 1958; 24,350 en 1964, sin que la serie de los años intermedios presente ninguna variación significativa.

Pero al analizar la situación en los distintos niveles se observa que, mientras los estudiantes de Humanidades y Filosofía pasan de 80,8% en 1958, al 82,5% en 1964, los estudiantes de Teología bajan del 19,2% al 15% en el mismo período. Correlativamente el número de nuevos sacerdotes baja en esas mismas fechas del 4% al 3,1%.

En números absolutos los estudiantes de Teología bajan de 4,678 a 3,672, lo que significa una disminución del 21,6%. También correlativamente las ordenaciones bajan de 975 a 761, con una reducción del 21,5%.

De estos datos sale una conclusión clara. La crisis de vocaciones de seminaristas diocesanos en España está localizada sobre todo, cuantitativamente hablando, en los estudiantes de Teología. Como se verá más tarde, la reacción es en cierto modo lógica. Muchos de estos semi-

naristas fueron al Seminario desde pueblos pequeños, anclados en un tipo de sociedad pasivo y tradicional, y se encuentran en la plenitud de su juventud con una sociedad urbana y dinámica en la que con frecuencia está totalmente insertada su familia, por haber emigrado a los grandes centros urbanos de la nación. La lógica vacilación ante el paso decisivo que supone la ordenación sacerdotal queda reforzada por una situación radicalmente distinta. De alguna manera puede decirse que tenían vocación para una sociedad que ya no existe. Todo ello queda confirmado al observar la evolución de defecciones de los seminaristas mayores. En el decenio 1954-1964 se pasa de 446 a 906 defecciones. Aunque no se cuenta con un desglose perfecto de los datos, puede decirse, de una manera muy aproximada, que en la actualidad del total de seminaristas mayores que abandonan el Seminario, alrededor del 40% lo hacen a lo largo de los estudios filosóficos; otros tantos lo abandonan en el paso de la Filosofía a la Teología y muy cerca del 20% durante los estudios teológicos.

En cuanto a las vocaciones religiosas, es más difícil establecer conclusiones significativas estadísticamente, aunque de los contactos con Maestros de Novicios y del análisis de datos privados parciales, se deduce sin género de duda que se está asistiendo a una crisis muy similar a la que afecta a los Seminarios Diocesanos.

Comparando los cursos 1962-1963 y 1963-1964, únicos para los que se cuenta con datos fidedignos, se observa una situación estable en el total: 27,900 estudiantes en 1963 y 27,965 estudiantes en 1964. Pero la disposición de este total es también reveladora de una situación inestable e, incluso, más inestable que la observada para el clero diocesano.

En efecto, los estudiantes de Humanidades y aspirantes han bajado en un año de 20,835 a 18,911; y los de Teología, de 3,117 a 2,978.

Los estudiantes de Filosofía, al amparo de las cifras numerosas de que se nutren (Humanidades, aspirantes), ha pasado de 3,097 a 3,429. Pero, lo que es más significativo, los estudiantes que han interrumpido estudios (normalmente entre Filosofía y Teología) han pasado de 851 a 2,722. Pues bien, las defecciones a estos diversos niveles revelan que es precisamente en período de interrupción de los estudios eclesiásticos y durante los estudios de Teología conjuntamente considerados, donde se da el más fuerte contingente de defecciones, 450 contra 322 en Filosofía.

Comparando estas cifras con las de los seminaristas diocesanos para el mismo curso 1963-1964 resulta que, mientras los diocesanos tienen en Teología un porcentaje de defecciones del 5,88% sobre el total de estudiantes de Teología, los religiosos llegan al 7,89%. Y durante

el período de interrupción de los estudios eclesiásticos, abandonaron la vida religiosa un 10% de los estudiantes.

En conclusión, durante el año de referencia se puede afirmar que se da un descenso pronunciado (20% al menos) en el número de aspirantes religiosos, que contrasta con la estabilidad de los aspirantes al clero diocesano y paralelamente un porcentaje de abandonos también muy superior a la Filosofía.

Es preciso insistir en que las reflexiones hechas sobre el estado de las vocaciones religiosas tiene un carácter muy aleatorio, pues se refiere exclusivamente a los años 1963 y 1964. Sin embargo los datos posteriores de carácter particular hacen ver, sin ninguna duda, que el movimiento de las vocaciones lleva la dirección comentada más arriba.

Las causas.

Es claro que estos hechos fundamentales tienen que tener en su origen causas profundas y constantes. Aunque el diagnóstico es arriesgado, pues faltan estudios que se hayan adelantado en el problema, sí pueden adelantarse algunas reflexiones que indudablemente tocan a los problemas de base.

El origen social.

El examen del origen social de los seminaristas, tanto diocesanos como religiosos, descubre uno de esos problemas de base. Mientras hoy día más de los dos tercios de la población española viven en núcleos de más de 10,000 habitantes, sólo un 25% de los seminaristas proceden de esos núcleos. Y lo que es aún más notable, casi la mitad procede de núcleos de menos de 2,000 habitantes, que no significan más que el 14% de la población total española.

Este hecho plantea problemas serios. En primer lugar la procedencia rural (pudiéramos decir extremadamente rural, pues proceden de pueblos pequeñísimos), de gran parte de los

seminaristas, explica en parte el desarrollo progresivo de la curva de defecciones. Como se ha notado antes, más de uno de esos muchachos tenía vocación para un tipo de sociedad que en pocos años ha casi desaparecido, y que está en trance inmediato de desaparición total. Por una parte, las comodidades consiguientes a la rápida elevación del nivel de vida y la liberalidad mayor de las costumbres ejercen una innegable fascinación en la juventud rural, y por otra la desacralización creciente, que está caracterizando a la sociedad española en estos años y la inestabilidad lógica de los cambios rápidos, crean un estado de inseguridad y vacilación incluso ideológicas, del que se resiente la vocación sacerdotal y religiosa.

En segundo lugar, de cara al futuro, si no se da un cambio radical en la orientación del trabajo en el campo vocacional, es previsible una disminución rápida del número de vocaciones por la elemental razón de que los núcleos pequeños de población, de donde ahora procede la mayoría de las vocaciones, están desapareciendo rápidamente.

Hay que notar, sin embargo, que, aun siendo verdaderas las observaciones hechas, no abarcan todo el problema.

Existen ejemplos concretos y no raros de institutos religiosos que tradicionalmente obtenían sus vocaciones en núcleos tan altamente urbanizados como Madrid y Barcelona y que están pasando por una crisis vocacional más intensa, incluso que los que se nutrían de núcleos rurales. Esto demuestra que existen otros condicionantes de orden cualitativo, no bien estudiados aún, que influyen profundamente en la actual regresión de las vocaciones.

Origen familiar.

El análisis del origen familiar de los seminaristas no conduce a conclusiones más optimistas. Los datos básicos, sin entrar en excesivos desgloses, son los siguientes, con respecto a los seminaristas religiosos y diocesanos.

Familia de procedencia	% en Seminar. Relig.	% en Seminar. Dioces.
1 a 2 hijos	16,5	24
3 a 4 hijos	25,5	42
5 y más hijos	53,5	34
no consta	4,5	

Un análisis elemental de estos datos hace ver que casi un 80% de los seminaristas religiosos y un 76% de los diocesanos procede de familias de tres o más hijos y que un 69% de los religiosos procede de familias de cuatro o más hijos, es decir de familias que, a juzgar por las curvas demográficas están llamadas a extinguirse a corto plazo. Como referencia puede anotarse que ya en los momentos actuales el número de familias con sólo uno o dos hijos alcanza al 40% de las familias españolas y el decrecimiento de las familias numerosas es claramente visible en España en los últimos decenios.

Sería interesante saber hasta qué punto un cierto sentimiento de culpabilidad en las familias con uno o dos hijos hace difícil la creación de un clima religioso y moral favorable al desarrollo de la vocación sacerdotal o religiosa y consiguientemente hasta qué punto una nueva orientación en materia de moral matrimonial y del control de nacimientos sanearía el ambiente vocacional de las familias poco numerosas.

Por otra parte el hecho de la subida de nivel de vida que repercute especialmente en las familias poco numerosas y que tiene como resultado importante una mejor educación escolar, trae (al menos ha traído hasta el presente) consecuencias diversas en las vocaciones diocesanas y en las religiosas. Mientras que un 54% de los seminaristas religiosos proceden de familias de más de cinco hijos; sólo un 34% de los seminaristas diocesanos procede de ese mismo tipo de familias. En este hecho tal vez influyan, por una parte el sistema de atracción de vocaciones utilizado por ciertas órdenes y congregaciones religiosas, y por otra parte, el hecho de que un buen número de familias numerosas en España pertenece a las clases medias acomodadas de matiz religioso conservador, que procura para sus hijos una buena educación religioso-moral, tanto dentro como fuera de la familia. El hecho del contacto con institutos educativos religiosos facilita su derivación a la vocación religiosa con preferencia sobre la sacerdotal diocesana.

En todo caso, es claro que, ante las meras tendencias demográficas, se impone una revisión de la política vocacional tanto en el área de los seminaristas diocesanos como en el de los religiosos. Cada vez más, tendrá que ser la familia "normal" de dos hijos la fuente de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Aquí también, como en el caso de los núcleos pequeños de población, existe el riesgo de cara al futuro de que en los años próximos se produzca una fuerte crisis de vocaciones, al desaparecer físicamente las familias de tres, cuatro y más hijos que, como se ha visto, han dado hasta el presente el número mayor de vocaciones.

Otros condicionamientos.

Frente a las causas de tipo preferentemente cuantitativo, expuestas más arriba, es indudable que en el proceso que están siguiendo las vocaciones en España concurren otras causas de orden cultural, económico, educacional, etc., que por el momento no es fácil precisar enteramente.

Sin embargo, sí pueden apuntarse algunas observaciones obvias, que sin duda influyen en el problema de las vocaciones en España.

Ha quedado anotado antes el influjo de lo económico. Sin entrar en el problema, ya clásico en la historia eclesiástica española, de la relación entre los "segundones" y el estado clerical, es indudable que las mayores oportunidades que existen actualmente para asegurarse un porvenir económico han tenido una repercusión difícil de medir, pero real, en las vocaciones eclesiásticas. Esto, lejos de ser un inconveniente, ha de repercutir favorablemente en el futuro del clero español, al asegurar una autenticidad mayor a la vocación sacerdotal y religiosa.

Aun más que el dato precedente, hay que tener en cuenta el impacto que está teniendo en las vocaciones el estado de inseguridad y tensión que se ha provocado en el clero español, ante los cambios rápidos producidos en los últimos años tras un prolongado período de estancamiento y aislacionismo, por causas que están en el ánimo de todos. Esta situación de inestabilidad abarca tanto a los aspectos ideológicos como estructurales y disciplinarios, afectando con frecuencia precisamente a los jóvenes más inquietos y preocupados con la problemática actual.

Tal vez ayude a este estado de cosas el hecho de la excesiva juventud de los seminaristas españoles, que se encuentran enfrentados con situaciones difíciles a una edad excesivamente prematura.

Finalmente, el desarrollo que ha tenido la Teología del laicado ha contribuido por su parte al replanteamiento, por parte de no pocos seminaristas, de su vocación de servicio a la Iglesia en el estado seglar. Este replanteamiento ha tenido una repercusión tanto más seria cuanto que ha coincidido con la apertura de la Iglesia a los valores temporales y sus consiguientes derivaciones en el campo de la ascética y del apostolado.

Estas últimas observaciones, que a falta de confirmación científica no pasan de ser meras hipótesis, están indicando por su misma importancia la necesidad urgente de un estudio a fondo de las causas de tipo cualitativo, que están motivando la actual evolución negativa de las vocaciones en España.